



Europa dictaba la moda  
(en *Imágenes y recuerdos*,  
Barcelona, 1978).

# La mujer santafereña en el siglo XIX

PATRICIA LONDOÑO

*Historiadora de la Universidad de Antioquia.*

**L**AS PRIMERAS décadas del siglo XIX fueron para la nueva república de Colombia un período inestable, marcado por continuos conflictos políticos y guerras civiles. Aunque se dieron las luchas de Independencia, la primera mitad del siglo tuvo carácter conservador. Se fue conformando una nueva capa dirigente con ideología que oscilaba entre el iluminismo y el romanticismo. A mediados del siglo, a pesar de la pobreza dejada por la guerra, el país empieza a moverse a un nuevo ritmo. El comercio internacional cobra mayor intensidad y se orienta hacia Inglaterra y, en proporciones menores, hacia Estados Unidos.

El país vio llegar los barcos de vapor, los ferrocarriles, los comerciantes, viajeros y diplomáticos extranjeros. Con la regularización del servicio de vapores en el río Magdalena, los miembros de la élite fueron a Europa y a Norteamérica. Al volver trajeron nuevos hábitos culturales, nuevos conceptos sobre el gusto y los fueron implantando lentamente en Bogotá.

En esta ciudad se vive creciente actividad: se abren bancos y almacenes y la élite imita a Europa en su afán de sentirse unida al progreso. Si antes se llevaba una existencia ordenada y tranquila y se vivía comfortable pero modestamente, ahora “viajeros y diplomáticos que llegaban por primera vez a Bogotá observan que dentro de la tradicional sobriedad en los consumos, el gusto por el bienestar y aun el lujo de tipo europeo se introducen en las casas de los bogotanos acomodados”<sup>1</sup>.

Junto con la necesidad económica de obtener maquinaria, herramientas, instrumentos de trabajo, la clase rica se fue obsesionando por estar al día con la moda europea. Demandaba productos franceses e ingleses: muebles, alfombras, vajillas, telas, encajes, adornos, vinos, aceites, dulces.

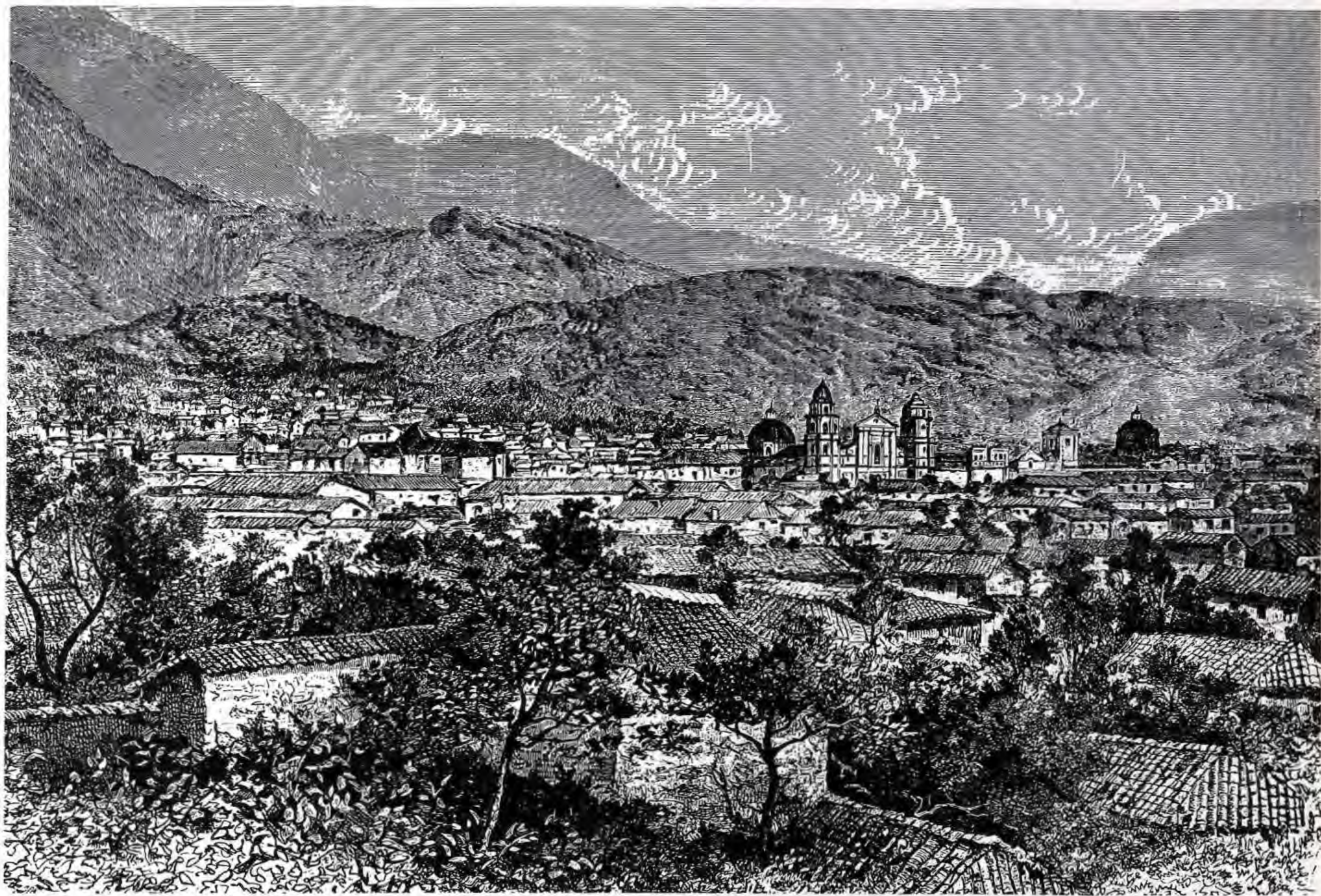
Hasta llegar la segunda mitad del siglo Bogotá todavía era un pueblo grande<sup>2</sup> en el que la mayoría de las casas constaban de un solo piso. Jaime Jaramillo nos ofrece una rápida descripción de la ciudad en estos años: “los mendigos abundaban en las calles y el aseo era tan deficiente como en las ciudades de la Edad Media. Las aguas negras iban por el centro de las calles y sólo los sábados se hacía limpieza de las inmundicias”<sup>3</sup>.

En 1850 hubo una epidemia de cólera, en 1856 otra de fiebre amarilla. Hasta 1840 los servicios municipales eran nulos, no se habían enlozado las

<sup>1</sup> Jaime Jaramillo Uribe, “Etapas y sentido de la historia de Colombia”, en *Colombia hoy* rec. por Mario Arrubla, Bogotá, Ed. Siglo XXI, 1978 (págs. 15-51), pág. 33.

<sup>2</sup> En 1838 tenía 30.000 habitantes. J. Steuart, *Bogotá in 1836-7 Being a Narrative of an expedition to the capital of New Granada and a Residence There of 11 months*, Nueva York, Harper & Brothers, 1838, pág. 112.

<sup>3</sup> Jaramillo Uribe, *op.cit.*, pág. 34.



Vista panorámica de Bogotá (grabado de Riou, en *L'Amérique Equinoxiale*, de Edouard André, París, 1877).

aceras, faltaba empedrado en las calles y la basura de las casas se echaba en pozos pestilentes. Sólo las tres principales calles del comercio tenían alumbrado. Los burros deambulaban por ahí comiendo desperdicios en la noche y dormían en la plaza de Bolívar, donde se hacía el mercado<sup>4</sup>.

Como centro de la cultura y de la riqueza, la capital apenas empezaba a sobrepasar a Popayán y Cartagena. Pero al iniciarse la segunda mitad del siglo Bogotá cambia su fisonomía urbana. Se empiezan a construir casas cómodas y elegantes, siguiendo modelos ingleses y franceses. De manera burlona el costumbrista José María Vergara y Vergara fechaba cambios significativos en la sociedad bogotana así: ¡en 1813 se recibía invitación a una tertulia con chocolate, en 1848 se ofrecía café, y en 1865 era una invitación a tomar el té!<sup>5</sup> En el período colonial habían subsistido usos y formas de la sociedad hidalga, modificada por el contacto con indios y negros. El sacudón político de la Independencia trajo elementos del mundo rural a las ciudades. La clase dominante en Santafé era una especie de nueva burguesía criolla, era la gente “decente” entre ruralizada y embelesada por el encanto europeo<sup>6</sup>.

Después de la Independencia, teóricamente la sociedad estaba formada por individuos iguales, pero en la práctica sólo se aumentó de manera limitada el número de los “iguales”. El abismo entre artesanos, trabajadores y la clase alta seguía existiendo.

Las tertulias fueron un eficaz instrumento para moldear las nuevas ideas y las nuevas costumbres. Se hablaba en ellas de negocios, de política, de modas, de literatura y arte. Pero hasta la forma y función misma de estas

<sup>4</sup> Salvador Camacho Roldán, “Bogotá en 1849”, en *Las maravillas de Colombia*, col. dir. por Enrique Congrains Martín, t. I, Bogotá, Ed. Forja, 1979, págs. 127-141, pág. 134.

<sup>5</sup> José María Vergara y Vergara, *Las tres tazas y otros cuadros*, Bogotá, Biblioteca Aldeana Colombiana, Ed. Minerva, S.A., 1936, págs. 13-45.

<sup>6</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 1976, págs. 119-159.



El mercado en Bogotá (grabado de Riou, en *L'Amérique Equinoxiale*, de Edouard André, París, 1877).

reuniones fue cambiando a lo largo del siglo, así como también cambiaban el teatro, los bailes, las comidas, las ropas.

Mientras tanto los pobres, los de “ruana”, mantenían un estilo de vida aparte, conservaban en su cultura material elementos más propios, de fuerte influencia indígena. Desgraciadamente, la información sobre ellos es menor. Sólo algunas veces despertaron la atención o curiosidad de algún viajero o costumbrista, por su pobreza, su vida primitiva o pintoresca, pero en general eran otros sectores sociales y otros asuntos sobre los cuales escribían los observadores y cronistas.

En los diarios y revistas de la época, las crónicas de viajeros extranjeros y los cuentos costumbristas, las referencias a la vida cotidiana de las mujeres, a sus actitudes o a su participación en la sociedad son saltonas, a veces borrosas y, por lo tanto, el resultado que aquí presento es como un rompecabezas incompleto. Escogí algunas descripciones y las ubico tentativamente en el lugar que, creo, les corresponde en el retrato.

Como se verá, es mucho más clara la imagen del reducido número de mujeres de las clases llamadas entonces “acomodadas” o “decentes”, porque se escribió más acerca de ellas que sobre la mujer media, aquella que numéricamente predominaba, y porque los testimonios proceden de personas de esa primera clase.

Entre la mujer descrita por Steuart<sup>7</sup> en 1836, que recorría descalza las calles de Bogotá y que al atardecer se sentaba pacientemente a frotarse los pies con piedras a la orilla del río que atravesaba la ciudad, y una dama vestida

<sup>7</sup> Steuart, *op.cit.*, pág. 134.



Costurera (en el semanario El Progreso, Bogotá, 1886).

al estilo inglés, que envía tarjetas a selectas amistades invitándolas a tomar el té en su casa, hay una distancia cultural enorme.

¿Cómo vivían las distintas clases de mujeres santafereñas? ¿Qué gamas de ideales femeninos coexistían en el siglo pasado? Las descripciones, tanto escritas como pictóricas, presentan visiones marcadas por prejuicios de extranjeros, por un afán moralista o didáctico que los lleva a acomodar los hechos o por la exageración satírica. Por esto sus visiones son limitadas, parciales, pero también por esto son valiosas para discernir algunos de los valores, ideas y actitudes que se tenían en ese tiempo. Con este doble propósito las utilizo aquí: como fuentes descriptivas y como indicadores de mentalidad.

### **BUENO Y CASTO EL PENSAMIENTO**

En los cuadros de costumbres descritos por José María Vergara y Vergara<sup>8</sup> se encuentran referencias a las actividades que desempeñaba la mujer de la élite bogotana y, sobre todo, al comportamiento que la sociedad esperaba de ella.

Por la forma como fue recibida la obra de Vergara, aclamada por la sociedad, cabe suponer que su visión es utilizable como termómetro de la mentalidad del sector social en que el autor se desenvolvía. Representa la opinión de aquella parte de la clase dirigente, conservadora y moralista, que ama la religión, la patria, la familia y que frente a los cambios de mitad del siglo suspira por otras épocas en que los valores eran más estrictamente vigilados.

En *Consejos a una niña*<sup>9</sup>, carta escrita a la recién nacida Elvira Silva Gómez —hermana del poeta José Asunción—, se encuentra una buena recopilación del ideal femenino que la clase acomodada tenía en Santafé.

Recomienda Vergara a la niña Elvira para cuando sea mayor: “Haz bueno y casto tu pensamiento; llénalo de piedad y de dulzura, ofrécelo en tributo y sacrificio incesante a Dios...”<sup>10</sup>. “El hombre hombre tiene la iniciativa para labrar su dicha y la de su mujer y para labrar también su infelicidad y la de ella; pero la mujer tiene una misión más suave, más propia de su delicadeza, de su sensibilidad y de su pudor. Su misión consiste en aceptar y seguir el bien y rechazar el mal”<sup>11</sup>.

Y más adelante agrega: “Para mayor apoyo de la debilidad femenina creó Dios un modelo y un espejo de mujeres en su madre. Criada en el silencio del hogar, como ave en el silencio del bosque; humilde y pudorosa el día que se le notificó su dicha; relinda y laboriosa en la vida de familia; interesadora, benévola y humilde, sufriendo silenciosa y resignada cuando le tocó la prueba del martirio; silenciosa y también resignada cuando llegó la de su gloria; por ella y en ella fue rehabilitada la mujer, fuera de ella no hay salvación posible para la mujer”<sup>12</sup>.

Los papeles del hombre y de la mujer están claramente diferenciados y la sociedad espera de ambos actitudes muy diferentes: “Señora, tenéis un hijo de quien se habla mucho y una hija de quien no se habla nada: este es el mejor elogio que se puede hacer de una cristiana, y yo te lo recomiendo para que trates de merecerlo. Para el hombre el ruido y las espinas de la gloria; para la mujer las rosas y el sosiego del hogar; para él, el humo de la pólvora; para ella, el sahumero de alhucema. Él destroza, ella conserva; él aja, ella limpia; él maldice, ella bendice; él reniega, ella ora”<sup>13</sup>.

La mujer debe ser, pues, al mismo tiempo débil y fuerte. Debe someterse a la cadena del matrimonio, que es una cadena de flores, pero ésta es su única posibilidad de reinar.

<sup>8</sup> Escritor bogotano (1831-1872), fundador y miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, colaborador de varios periódicos, historiador de la literatura colombiana. Perteneció a la tertulia El Mosaico, junto con los autores de *María y Manuela*.

<sup>9</sup> Vergara y Vergara, “Consejos a una niña”, en *op.cit.*, págs. 120-130.

<sup>10</sup> *Idem*, pág. 124.

<sup>11</sup> *Idem*, pág. 123.

<sup>12</sup> *Idem*, pág. 124.

<sup>13</sup> *Idem*, pág. 125.

Para Vergara el lugar propio para la mujer es el hogar; allí puede estar adecuadamente protegida y allí puede cumplir su misión de complementar al hombre. Por ley natural al hombre le corresponde la acción y a la mujer la sumisión. En obedecer este mandato divino debe ella encontrar su felicidad, y su peculiar fortaleza espiritual la adapta a esta función.

Imitar a María, recluirse en lo doméstico, adornar el hogar con suavidad y diligencia, ser apoyo para el hombre: esto era lo que la sociedad le pedía a la mujer<sup>14</sup>.

La mujer pura y dócil es la más apreciada. Se elogian las virtudes femeninas de la castidad, la simpleza, la modestia, la obediencia, el orden, la piedad. Subyace la idea de que la mujer puede ser fuente de todo bien o de todo mal. Si se educa y encauza, protegiéndola de las tentaciones, puede ser de gran fortaleza moral; pero si se deja desprotegida, expuesta al mundo, puede caer en la intemperancia, la locuacidad y la inconstancia.

#### TODAS A CUIDARSE

La palabra clave es, pues, la protección. La mujer debe permanecer la mayor parte del tiempo vigilada; si sale sólo lo hará bien acompañada por sus familiares o criados, mientras que al hombre le corresponde pasar la mayor parte del tiempo afuera.

Cordovez Moure coincide en este punto. Dice: “abrigamos a este respecto la más profunda convicción de que al especialísimo culto que profesan nuestras mujeres a la Virgen Inmaculada se debe que el tipo moral que las distingue sea acabado modelo de abnegación, desinterés y pureza de costumbres”<sup>15</sup>.

Y, efectivamente, al repasar otras alusiones en crónicas de viajeros, diarios y literatura costumbrista, encontramos que el mundo doméstico absorbe la mayor parte del tiempo, interés, capacitación y atención de la mujer en las clases altas de Santafé.

La mayoría de las revistas y periódicos impresos en la capital y dirigidos a mujeres, que circularon en el siglo XIX<sup>16</sup>, se ocupan en temas relacionados con el destino doméstico de ellas: los deberes de las casadas, la educación de los hijos, modas, costura, culinaria. Se incluían biografías de mujeres célebres, que eran por lo general madres de personajes del mundo de la política o de las letras. Todos estos temas giran alrededor de las funciones de la mujer como reina de un pequeño mundo donde ella podía realizar sus instintos y deseos. ¿No era, pues, un adorno, un apoyo espiritual, un manojo de sentimientos? Al fin y al cabo, la mejor de las mujeres era la que “hacía feliz al esposo y a sus hijos apartando al uno del vicio y guiando al otro a la virtud”<sup>17</sup>.

#### PARA ENTRETENER EL OCIO

Si se mezclaba algo de “lecturas amenas y entretenimiento intelectual” era para acompañar el ocio de las mujeres, ocio que debía transcurrir dentro de la casa. Como lo expresaban RIJ y FAR en la presentación de su periódico La Mujer, en 1895: “Sabemos que las lecturas para las jóvenes en nuestro país deben ser plácidamente cortas, sencillas, inocentes pero capaces de conmover el corazón sensible y de llenar los sueños de su imaginación”.

Dos de las publicaciones para las mujeres, El Domingo de la Familia Cristiana (1889-1890) y La Mujer, “revista quincenal redactada por señoras y señoritas” (1878-1881), fueron dirigidas por una mujer, doña Soledad Acosta de Samper, y a la segunda la compusieron, casi exclusivamente, colabora-

<sup>14</sup> Las lecturas aconsejadas a las mujeres amplían la difusión de este “ideal”. Se leyó, por ejemplo, del jesuita V. Marchal *La mujer como debe ser* y otros libros similares como *La mujer*, *La mujer fuerte*, vendidos en la agencia La Mujer, de Fernando Romero, localizada detrás de la catedral.

<sup>15</sup> José María Cordovez Moure, *De la vida de antaño*, Bogotá, Biblioteca Aldeana Colombiana, Ed. Minerva, S.A., 1936, pág. 122.

<sup>16</sup> Una lista inicial comprende las siguientes publicaciones: –*Los matachines ilustrado*. Periódico de los muchachos y las muchachas. Imp. de Fco. Torres Amaya, 1855.

–*La Caridad*. Libro de la familia cristiana. Semanal, 1864-1882.

–*Las Arracachas*. Periódico de talla menor, pero de buena lei, sin medicinas francesas ni píldoras de Holloway. Imp. por J.A. Cualla, 1858.

–*Biblioteca de Señoritas*. Imp. de Ovalles i Cia. Semanal, 1858-1859.

–*El Iris*. Red.: José Joaquín Borda. Periódico literario dedicado al bello sexo, 1866-1868.

–*El Rocío*. Imp. de Nicolás Pontón y Cía. Periódico literario dedicado al bello sexo y a la juventud, 1872-1875.

–*La Velada*. Dir. José María Garavito. Colección de lecturas para el hogar. Periódico literario, científico, industrial y noticioso, 1880-1883.

–*La Aurora*. Imp. de la luz. Semanal, 1882.

–*El Domingo de la Familia Cristiana*. Dir. Soledad Acosta de Samper. Rev. Semanal, 1889-1890.

–*La Mujer*. Dirs. Ismael José Romero (RIJ) y Fernando A. Romero (FAR), 1895-1896.

–*La Mujer*. Revista quincenal redactada por señoras y señoritas bajo la dirección de Soledad Acosta de Samper, 1878-1881.

<sup>17</sup> *La Mujer* de RIJ y FAR, núm. 1, 1895, pág. 7.



Costurera (en el semanario El Progreso, Bogotá, 1886).

al estilo inglés, que envía tarjetas a selectas amistades invitándolas a tomar el té en su casa, hay una distancia cultural enorme.

¿Cómo vivían las distintas clases de mujeres santafereñas? ¿Qué gamas de ideales femeninos coexistían en el siglo pasado? Las descripciones, tanto escritas como pictóricas, presentan visiones marcadas por prejuicios de extranjeros, por un afán moralista o didáctico que los lleva a acomodar los hechos o por la exageración satírica. Por esto sus visiones son limitadas, parciales, pero también por esto son valiosas para discernir algunos de los valores, ideas y actitudes que se tenían en ese tiempo. Con este doble propósito las utilizo aquí: como fuentes descriptivas y como indicadores de mentalidad.

#### **BUENO Y CASTO EL PENSAMIENTO**

En los cuadros de costumbres descritos por José María Vergara y Vergara<sup>8</sup> se encuentran referencias a las actividades que desempeñaba la mujer de la élite bogotana y, sobre todo, al comportamiento que la sociedad esperaba de ella.

Por la forma como fue recibida la obra de Vergara, aclamada por la sociedad, cabe suponer que su visión es utilizable como termómetro de la mentalidad del sector social en que el autor se desenvolvía. Representa la opinión de aquella parte de la clase dirigente, conservadora y moralista, que ama la religión, la patria, la familia y que frente a los cambios de mitad del siglo suspira por otras épocas en que los valores eran más estrictamente vigilados.

En *Consejos a una niña*<sup>9</sup>, carta escrita a la recién nacida Elvira Silva Gómez —hermana del poeta José Asunción—, se encuentra una buena recopilación del ideal femenino que la clase acomodada tenía en Santafé.

Recomienda Vergara a la niña Elvira para cuando sea mayor: “Haz bueno y casto tu pensamiento; llénalo de piedad y de dulzura, ofrécelo en tributo y sacrificio incesante a Dios...”<sup>10</sup>. “El hombre hombre tiene la iniciativa para labrar su dicha y la de su mujer y para labrar también su infelicidad y la de ella; pero la mujer tiene una misión más suave, más propia de su delicadeza, de su sensibilidad y de su pudor. Su misión consiste en aceptar y seguir el bien y rechazar el mal”<sup>11</sup>.

Y más adelante agrega: “Para mayor apoyo de la debilidad femenina creó Dios un modelo y un espejo de mujeres en su madre. Criada en el silencio del hogar, como ave en el silencio del bosque; humilde y pudorosa el día que se le notificó su dicha; relinda y laboriosa en la vida de familia; intercesora, benévola y humilde, sufriendo silenciosa y resignada cuando le tocó la prueba del martirio; silenciosa y también resignada cuando llegó la de su gloria; por ella y en ella fue rehabilitada la mujer, fuera de ella no hay salvación posible para la mujer”<sup>12</sup>.

Los papeles del hombre y de la mujer están claramente diferenciados y la sociedad espera de ambos actitudes muy diferentes: “Señora, tenéis un hijo de quien se habla mucho y una hija de quien no se habla nada: este es el mejor elogio que se puede hacer de una cristiana, y yo te lo recomiendo para que trates de merecerlo. Para el hombre el ruido y las espinas de la gloria; para la mujer las rosas y el sosiego del hogar; para él, el humo de la pólvora; para ella, el sahumero de alhucema. Él destroza, ella conserva; él aja, ella limpia; él maldice, ella bendice; él reniega, ella ora”<sup>13</sup>.

La mujer debe ser, pues, al mismo tiempo débil y fuerte. Debe someterse a la cadena del matrimonio, que es una cadena de flores, pero ésta es su única posibilidad de reinar.

<sup>8</sup> Escritor bogotano (1831-1872), fundador y miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, colaborador de varios periódicos, historiador de la literatura colombiana. Perteneció a la tertulia El Mosaico, junto con los autores de *María y Manuela*.

<sup>9</sup> Vergara y Vergara, “Consejos a una niña”, en *op.cit.*, págs. 120-130.

<sup>10</sup> *Idem*, pág. 124.

<sup>11</sup> *Idem*, pág. 123.

<sup>12</sup> *Idem*, pág. 124.

<sup>13</sup> *Idem*, pág. 125.

Para Vergara el lugar propio para la mujer es el hogar; allí puede estar adecuadamente protegida y allí puede cumplir su misión de complementar al hombre. Por ley natural al hombre le corresponde la acción y a la mujer la sumisión. En obedecer este mandato divino debe ella encontrar su felicidad, y su peculiar fortaleza espiritual la adapta a esta función.

Imitar a María, recluirse en lo doméstico, adornar el hogar con suavidad y diligencia, ser apoyo para el hombre: esto era lo que la sociedad le pedía a la mujer<sup>14</sup>.

La mujer pura y dócil es la más apreciada. Se elogian las virtudes femeninas de la castidad, la simpleza, la modestia, la obediencia, el orden, la piedad. Subyace la idea de que la mujer puede ser fuente de todo bien o de todo mal. Si se educa y encauza, protegiéndola de las tentaciones, puede ser de gran fortaleza moral; pero si se deja desprotegida, expuesta al mundo, puede caer en la intemperancia, la locuacidad y la inconstancia.

### TODAS A CUIDARSE

La palabra clave es, pues, la protección. La mujer debe permanecer la mayor parte del tiempo vigilada; si sale sólo lo hará bien acompañada por sus familiares o criados, mientras que al hombre le corresponde pasar la mayor parte del tiempo afuera.

Cordovez Moure coincide en este punto. Dice: “abrigamos a este respecto la más profunda convicción de que al especialísimo culto que profesan nuestras mujeres a la Virgen Inmaculada se debe que el tipo moral que las distingue sea acabado modelo de abnegación, desinterés y pureza de costumbres”<sup>15</sup>.

Y, efectivamente, al repasar otras alusiones en crónicas de viajeros, diarios y literatura costumbrista, encontramos que el mundo doméstico absorbe la mayor parte del tiempo, interés, capacitación y atención de la mujer en las clases altas de Santafé.

La mayoría de las revistas y periódicos impresos en la capital y dirigidos a mujeres, que circularon en el siglo XIX<sup>16</sup>, se ocupan en temas relacionados con el destino doméstico de ellas: los deberes de las casadas, la educación de los hijos, modas, costura, culinaria. Se incluían biografías de mujeres célebres, que eran por lo general madres de personajes del mundo de la política o de las letras. Todos estos temas giran alrededor de las funciones de la mujer como reina de un pequeño mundo donde ella podía realizar sus instintos y deseos. ¿No era, pues, un adorno, un apoyo espiritual, un manojito de sentimientos? Al fin y al cabo, la mejor de las mujeres era la que “hacía feliz al esposo y a sus hijos apartando al uno del vicio y guiando al otro a la virtud”<sup>17</sup>.

### PARA ENTRETENER EL OCIO

Si se mezclaba algo de “lecturas amenas y entretenimiento intelectual” era para acompañar el ocio de las mujeres, ocio que debía transcurrir dentro de la casa. Como lo expresaban RIJ y FAR en la presentación de su periódico *La Mujer*, en 1895: “Sabemos que las lecturas para las jóvenes en nuestro país deben ser plácidamente cortas, sencillas, inocentes pero capaces de conmover el corazón sensible y de llenar los sueños de su imaginación”.

Dos de las publicaciones para las mujeres, *El Domingo de la Familia Cristiana* (1889-1890) y *La Mujer*, “revista quincenal redactada por señoras y señoritas” (1878-1881), fueron dirigidas por una mujer, doña Soledad Acosta de Samper, y a la segunda la compusieron, casi exclusivamente, colabora-

<sup>14</sup> Las lecturas aconsejadas a las mujeres amplían la difusión de este “ideal”. Se leyó, por ejemplo, del jesuita V. Marchal *La mujer como debe ser* y otros libros similares como *La mujer*, *La mujer fuerte*, vendidos en la agencia *La Mujer*, de Fernando Romero, localizada detrás de la catedral.

<sup>15</sup> José María Cordovez Moure, *De la vida de antaño*, Bogotá, Biblioteca Aldeana Colombiana, Ed. Minerva, S.A., 1936, pág. 122.

<sup>16</sup> Una lista inicial comprende las siguientes publicaciones: —*Los matachines ilustrado*. Periódico de los muchachos y las muchachas. Imp. de Fco. Torres Amaya, 1855.

—*La Caridad*. Libro de la familia cristiana. Semanal, 1864-1882.

—*Las Arracachas*. Periódico de talla menor, pero de buena lei, sin medicinas francesas ni píldoras de Holloway. Imp. por J.A. Cualla, 1858.

—*Biblioteca de Señoritas*. Imp. de Ovalles i Cia. Semanal, 1858-1859.

—*El Iris*. Red.: José Joaquín Borda. Periódico literario dedicado al bello sexo, 1866-1868.

—*El Rocío*. Imp. de Nicolás Pontón y Cía. Periódico literario dedicado al bello sexo y a la juventud, 1872-1875.

—*La Velada*. Dir.: José María Garavito. Colección de lecturas para el hogar. Periódico literario, científico, industrial y noticioso, 1880-1883.

—*La Aurora*. Imp. de la luz. Semanal, 1882.

—*El Domingo de la Familia Cristiana*. Dir. Soledad Acosta de Samper. Rev. Semanal, 1889-1890.

—*La Mujer*. Dirs. Ismael José Romero (RIJ) y Fernando A. Romero (FAR), 1895-1896.

—*La Mujer*. Revista quincenal redactada por señoras y señoritas bajo la dirección de Soledad Acosta de Samper, 1878-1881.

<sup>17</sup> *La Mujer* de RIJ y FAR, núm. 1, 1895, pág. 7.



ciones escritas por mujeres<sup>18</sup>. Aunque minoría, por lo menos hubo un grupo de mujeres que no se conformaron con los límites de interés que se habían trazado para su sexo: por ejemplo, doña Soledad Acosta de Samper (1833-1913), vivió en distintos países de Europa y América, entre los cuales Estados Unidos, habló varios idiomas, fundó dos revistas femeninas y escribió artículos en diversos periódicos de la capital. Además hizo traducciones y escribió novelas, impresiones de viaje, biografías, libros de historia, sobre la moda, la política, etc.<sup>19</sup>.

La Mujer, fuera de incluir temas sobre el hogar, la moda, consejos morales a señoras y señoritas, trae una sección de la participación de las mujeres en la historia universal, información acerca del movimiento feminista que se adelantaba en Europa y en Estados Unidos, consideraciones sobre la mujer y el trabajo, noticias internacionales, información sobre literatura y teatro. Sobresale en medio de las demás publicaciones de su género por el tono diferente de sus artículos. No se dirige a las mujeres como a menores de edad. Sostiene en sus editoriales y artículos de fondo que, fuera de atender sus obligaciones domésticas, las mujeres deben tener otro oficio, ser socialmente útiles, interesarse por el resto del mundo. Como ella lo dice: las mujeres, al igual que los hombres, también deben trabajar, porque trabajar es ser feliz. Aun las mujeres con comodidad lo deberían hacer, porque así no se sentirán fastidiadas y no fastidiarán. Así su vida tendrá algún objeto y tendrán independencia personal<sup>20</sup>.

Advierte que existe el peligro de volverse masculina al ser de sobra independiente. Aconseja no manifestar aquella independencia a los demás y buscar oficios que no impidan “gobernar la casa”, como les sucede a las que se van de artistas. Pero repite una y otra vez que no es conveniente ocuparse demasiado en el trajín doméstico, porque entonces “se fatigará al marido, se cansará a las visitas y se molestará a todos con sus penas y trabajos domésticos”<sup>21</sup>.

#### **RUTINAS, CASAS, PATIOS Y COSTURAS**

Las casas eran grandes y espaciosas, la administración de los oficios domésticos requería mucha dedicación: las comidas siempre se preparaban en la casa y eran muy elaboradas, el arreglo de la ropa también era complicado. Fuera de esto, había que atender el jardín en los patios, dedicarle tiempo a la costura, a veces a la música.

Las casas generalmente tenían muchas habitaciones, dos patios, sala, comedor espacioso, despensa, cuarto de costuras y de “rebujo”, cuarto de criadas, cuarto de ropas, carbonera y, en el patio interior, se tenía huerta y gallinero. Hacia mediados del siglo se impulsa la construcción de casas más cómodas y elegantes. Por esa época visita la capital el arquitecto inglés Thomas Reed (1845-1855)<sup>22</sup>.

El arreglo y aseo de la casa corría a cargo de varias “sirvientas” o criadas<sup>23</sup>. La función de la señora era entonces “despachar” los oficios o asignar tareas a éstas para el aseo, la preparación de alimentos, el arreglo de ropas y el cuidado de los niños. Era común tener tres o cuatro criadas fuera de mensajero. Dice el viajero francés Mollien en su libro *Viaje por la república de Colombia*: “La cocina es siempre de grandes dimensiones y esto menos por la cantidad de platos que se cocinan que por el número de sirvientas inútiles que allí se congregan”<sup>24</sup>.

En 1830 el diplomático francés Le Moyne describía la cocina de una familia como primitiva: había una piedra de moler cacao para hacer el chocolate, dos o tres piedras en el suelo para encender el fuego, ollas de hierro y

<sup>18</sup> Esfuerzo similar harían en Antioquia el periódico de corta vida *La Golondrina*, hoja literaria y de variedades, dirigida por Juan J. Botero, el cual anunciaba en su portada: “Las publicaciones de las mujeres antioqueñas tendrán publicación preferente”, aunque esto nunca se haya logrado, y en Medellín la revista mensual *Letras y Encajes*, publicada entre 1926-51 bajo la dirección de doña Sofía Ospina de Navarro y Teresa Santamaría.

<sup>19</sup> Gustavo Otero Muñoz, “Soledad Acosta de Samper”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Banco de la República, vol. 7, núm. 6, 1964, págs. 1063-1096.

<sup>20</sup> *La Mujer*, Dir. Soledad Acosta de Samper, primer semestre, segunda Ed. 1878, pág. 82.

<sup>21</sup> *Ídem*, pág. 87.

<sup>22</sup> Camacho Roldán, *op.cit.*, pág. 127.

<sup>23</sup> Según Camacho Roldán (*op.cit.*, pág. 130), en 1849 una sirvienta ganaba sesenta centavos al mes y una cocinera un peso con veinte.

<sup>24</sup> G. Mollien, *Viaje por la república de Colombia en 1823*, Bogotá, Biblioteca popular de cultura colombiana, s.f., pág. 17.

barro, parrillas y sartenes, cántaros, paila de cobre para los dulces, tinajas con agua para beber. Al lado de estos utensilios primitivos o locales, había vajillas de loza importadas de Europa o de Estados Unidos. A medida que avanza el siglo, más y más se van introduciendo los usos y el lujo europeos. Cuando se tienen invitados especiales, se empieza a contratar cocineros extranjeros<sup>25</sup>.

José María Cordovez Moure, en sus relatos *Crónicas de antaño*, describe así la rutina de la mujer santafereña: madrugan para ir al templo<sup>26</sup>, conversan en la puerta de la iglesia y van a casa a “despachar” el almuerzo. Después de la siesta se dedican a enseñarles a las niñas costura, bordado, cuidado de flores, canto, a las lecturas religiosas o a realizar visitas. También salían de compras. Las tiendas se abrían de 9 de la mañana a 12 del día y de 3 a 6 de la tarde. A esta hora todo el mundo se iba a sus casas, las calles quedaban vacías. No había cafés o restaurantes, como en las capitales de Europa. Las familias y amistades se reunían en las casas en veladas, durante las cuales se tomaba el chocolate, se jugaba a las cartas, se conversaba, después de haber rezado el rosario presidido por el padre de familia o, en su ausencia —que era bien común—, por la madre.

Como sólo pocas calles disponían de alumbrado, al salir de noche había que portar un farolito o, si quien salía era una mujer, hacerse acompañar de un criado que llevaba el farolito<sup>27</sup>.

A veces las hijas se quedaban en casa y recibían la visita de sus galanes. Estas visitas se realizaban siguiendo todas las “normas de la buena educación y cultura en las maneras”. “Los jóvenes llegaban a tratar con decorosa intimidad, bajo la mirada protectora de sus padres y hermanos, a la señorita que podía llegar a ser su compañera en la vida”<sup>28</sup>.

Desde los primeros años se distingue la educación que deben recibir varones y niñas. Nos dice Cordovez Moure: “Crecidos los hijos, van los varones al colegio; pero las niñas, por lo regular, no se apartan de la madre, quien les enseña la vida práctica y hacendosa del hogar, donde aprenden, en vista del ejemplo que es el mejor maestro, todo el cúmulo de quehaceres domésticos que hacen aptas a las colombianas para emprender el camino incierto de la vida, con la mirada fija en el cielo que las inspira y consagradas en absoluto al cumplimiento de los deberes consiguientes al puesto en que las ha de colocar su buena o mala fortuna”<sup>29</sup>.

Algunas mujeres se educan con las religiosas. Aprenden a leer y a escribir bien y además aprenden lo relativo a la vida en familia y también a rezar y a cantar. Así entrenadas, estas niñas, cuando se convierten en amas de casa, consideran que su deber ante la sociedad y ante Dios es encargarse personalmente de todo lo concerniente al hogar y a la familia: supervisar los asuntos culinarios, el aseo, el vestir, la práctica de los deberes religiosos.

### TIEMPO PARA TODO

Cada uno de los menesteres en que debía ocuparse la señora tenía mil recovecos y compliques. Las comidas eran muy elaboradas; la ropa, diferente según la hora del día y la ocasión; las invitaciones, las visitas y los usos sociales, cada uno tenía su rito. En 1830 anota Chamberlyane: “Las damas reciben generalmente el nombre de una santa con día en el calendario. La etiqueta exige que ese día los amigos y relacionados la visiten o le dejen su tarjeta. Una omisión en este sentido es considerada como una falta contra las buenas maneras y algo más: equivale a una renuncia a las relaciones de amistad, para cuya reanudación es indispensable una excusa o una satisfacción”<sup>30</sup>.

<sup>25</sup> Augusto Le Moyne, “El Bogotá de 1830. pintado por un diplomático francés”, en *Las maravillas de Colombia*, t. 1, págs. 103-126, pág. 116.

<sup>26</sup> Las más ricas se hacían acompañar por dos o tres criadas que llevaban pequeños tapetes para arrodillarse en el suelo. Chamberlyane Pickett, James. “Las mujeres de Colombia en 1830”, en *Revista de América*, Bogotá, julio de 1945.3 (7): 96-107.

<sup>27</sup> Le Moyne, *op.cit.*, página 119.

<sup>28</sup> Cordovez Moure, *op.cit.*, págs. 114-124.

<sup>29</sup> *Idem*, pág. 104.

<sup>30</sup> Chamberlyane Pickett, *op.cit.*

Cuando se trataba de dulces o platos especiales, la señora misma los preparaba. A comienzos del siglo era muy raro entre las clases altas comprar alimentos preparados; se tomaba casi como una profanación del hogar.

La mujer se consideraba soberana absoluta de su pequeño mundo, hasta el punto de convertirse casi en la única autoridad dentro del hogar. Tanto Mollien como Cordovez traen satíricas alusiones al poder de las matronas en esta sociedad patriarcal: "Así es que con frecuencia se aplica el refrán que dice 'dondè manda capitán no manda marinero', pero siempre que el marinero sea el marido, es decir, que corran a cargo de éste las fatigas y el cuidado del hogar y que abdique de la punta de la calle para adentro, de prerrogativas de amo y señor absoluto en favor de la esposa"<sup>31</sup>.

Otra de las preocupaciones femeninas giraba alrededor del traje. El vestir se consideraba asunto colectivo de las hembras de la familia, y aun de las amigas más íntimas. Juntas salían a comprar y a escoger tela y estilo. Se distinguía radicalmente entre la forma de vestir dentro y fuera del hogar y entre las personas jóvenes y de edad. En la casa se vestía con sencillez, pero cuando se recibían o se hacían visitas se usaban los más elegantes atavíos<sup>32</sup>.

Las publicaciones para mujeres dedicaban siempre una sección a la moda. Informaban sobre los usos en Europa y aconsejaban sobre la manera de vestir en cada ocasión. Por lo escaso de las ilustraciones, se debía recurrir a una larga prosa para describir cada vestido.

#### **AJUARES Y MANTILLAS, TELAS Y ALFILERES**

Para salir a la calle, las mujeres se cubrían o envolvían en una mantilla que de la cara no les dejaba descubiertos sino los ojos y la nariz. Las madres vestían modesto traje oscuro pero se esforzaban por presentar a sus hijas con el mayor adorno posible<sup>33</sup>. Las costumbres sobre el vestido cambian mucho durante el siglo. Hamilton nos cuenta que en el Bogotá de 1824 no era raro ver una "hermosa mujer muy bien vestida fumando tabaco con la mayor despreocupación; aun cuando la dama tenía un lindo sombrero colocado completamente a un lado de la cabeza con un hermoso collar de perlas, los dedos llenos de anillos, una bata de seda negra adornada con numerosos abalorios cubriendo su esbelta figura, su sorpresa fue todavía mayor al mirar hacia abajo y descubrir que estaba sin zapatos ni medias; los pies, aunque iba descalza, estaban muy limpios y aseados"<sup>34</sup>. Pero las damas de más alto rango llevaban medias de seda y lujoso calzado.

Por la mañana se cubrían la espalda y la cabeza con un manto negro o azul sin adorno y un sombrerito de copa acabado en forma cónica. Vestían batas de seda negra ajustadas con adornos, para ir a la iglesia. Ya se veían, sin embargo, algunos sombreros franceses adornados con flores artificiales, así como batas de seda de vivos colores y chales, "ante el asombro y la mortificación de algunos sacerdotes que consideran como pecado recitar oraciones con ropa tan llamativa"<sup>35</sup>.

En general, cuando salían, las mujeres no llevaban colores vivos. Por la tarde se usaban sombreros de paja, chal, batas de algodón o zaraza hechas en Inglaterra. Para las tertulias, bailes y conciertos se llevaban modelos franceses con adornos de perlas, esmeraldas y otras piedras. Se celebraban lujosos bailes de disfraces. Varios autores coinciden en sus comentarios sobre la cantidad de joyas que usaban las mujeres en los bailes<sup>36</sup>.

A éstos asistían algunas señoras con tapadas, o sea con la cabeza cubierta, permanecían en una habitación aparte y eran únicamente espectadoras de la fiesta<sup>37</sup>.

<sup>31</sup> Cordovez Moure, *op.cit.*, pág. 114.

<sup>32</sup> Vergara y Vergara, *op.cit.*, pág. 44.

<sup>33</sup> Cordovez Moure, *op.cit.*, pág. 107.

<sup>34</sup> John P. Hamilton, "Santa Fé de Bogotá en 1824, vista por ojos ingleses" en *Las maravillas de Colombia*, t. I, págs. 63-103, pág. 67. Hamilton era un representante del gobierno británico.

<sup>35</sup> *Ídem*, pág. 70.

<sup>36</sup> Véase *supra* 3.

<sup>37</sup> Hamilton, *op.cit.*, pág. 86.

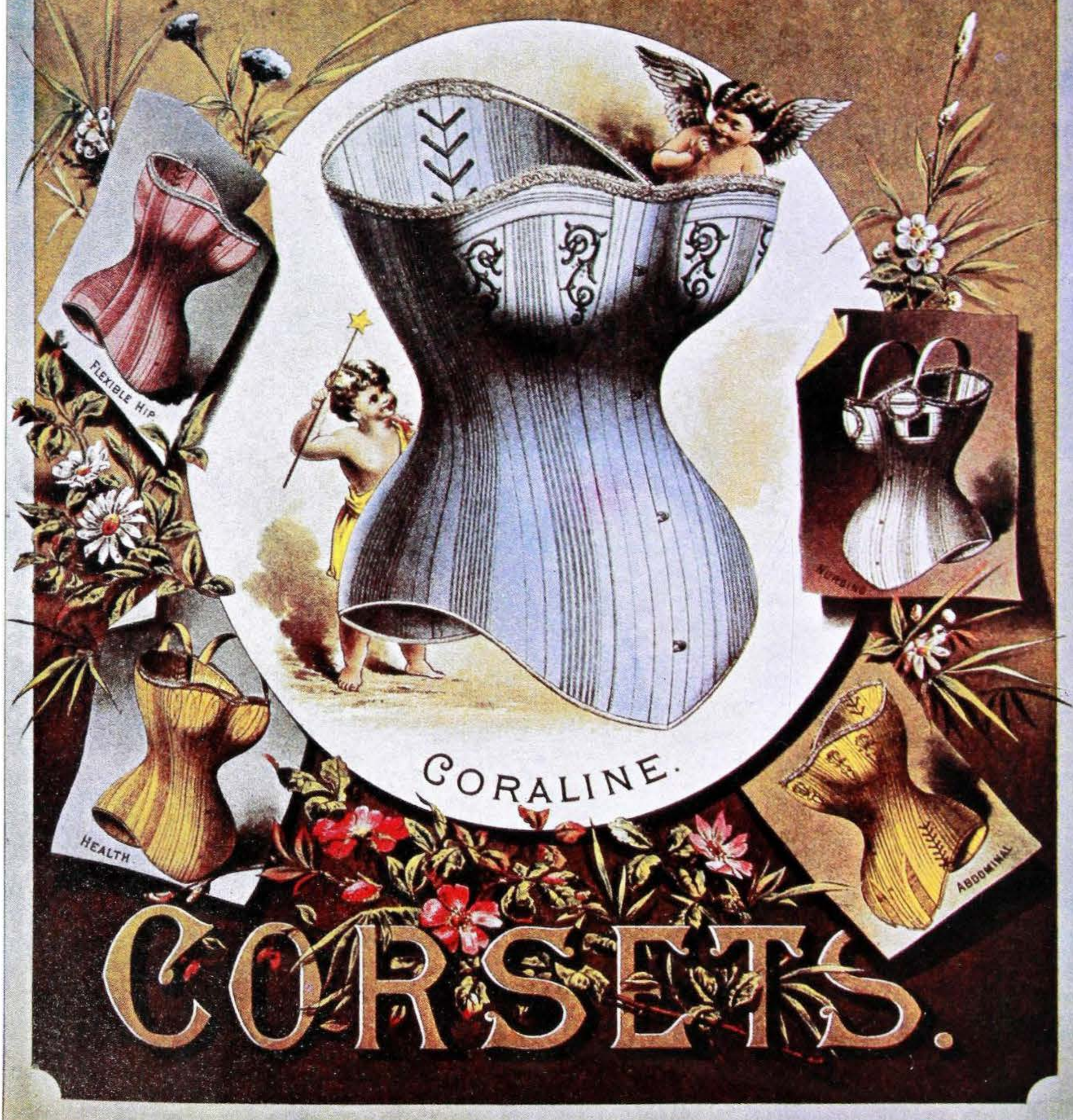


Joven bogotana (grabado de Riou, en *L'Amérique Equinoxiale*, de Edouard André, París, 1877).



Un día de huracán (en *Imágenes y recuerdos*, Barcelona, 1978).

# WARNER BROS.



Corsé de moda (en *Imágenes y recuerdos*, Barcelona, 1978).

La confección doméstica de la moda extranjera empieza con la llegada de madame Gautron, modista francesa. Se empiezan a usar globos almidonados en la parte superior de las mangas, corsés y polvos para la cara<sup>38</sup>. En el periódico *La Mujer*, de RIJ y FAR, aparecen en 1896 dos noticias sobre las peligrosas consecuencias de seguir la moda. La primera se refiere a los estragos del corsé: en Londres muere una joven y la autopsia revela graves daños internos. El magistrado inglés califica el hecho de “suicidio lento por coquetería”. Y la segunda, a la advertencia de un “químico inglés que examinó una infinidad de clases de polvos para la cara y en todos no encontró sino materias minerales, principalmente el plomo y el arsénico”. Advierte sobre las enfermedades que pueden resultar del empleo de dichos polvos<sup>39</sup>.



Un año en la corte, (dibujo de Antonio Urdaneta, grabado por Antonio Rodríguez, en el *Papel Periódico Ilustrado*, Bogotá, 1881).

### REUNIONES Y TERTULIAS

La carencia de sitios de reunión para las jóvenes hacía que éstas recurrieran, para hallar “honesta distracción y pasatiempo”, a cultivar las relaciones de familia, donde estaban al abrigo de costumbres licenciosas. Mientras los hombres se reúnen al atardecer en el atrio de la catedral, se pasean en grupos o van a algún establecimiento a fumar, hojear el periódico o jugar billar, las jóvenes se visitan en sus casas o pasan las horas tocando el piano.

A las cinco de la tarde, cachacos se repartían en grupos por la ciudad para pasar revista a las muchachas que, puntualísimas, se asomaban a los balcones y ventanas de sus casas a presenciar el desfile de galanes y contestarles el saludo<sup>40</sup>.

Asomarse a la ventana, con la mantilla que usaban para salir a la calle y muchas veces fumando, “era costumbre habitual aquí, y lo hacen por horas y si les provoca hasta se gritan de una ventana a otra, al otro lado de la calle”<sup>41</sup>.

Con esta clase de vida, no es de extrañar que la educación de las mujeres estuviera muy atrasada. Algunas sabían leer y escribir, y cantar o tocar algún instrumento<sup>42</sup>. Por lo general, “no son muy letradas, aunque sí gustan de la lectura; tienen marcada inclinación por el chiste incisivo y de doble sentido; no son competentes para la teneduría de libros ni las lucubraciones

<sup>38</sup> Salvador Camacho Roldán, *Mis memorias*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946, t. I, pág. 132.

<sup>39</sup> *La Mujer*, de RIJ y FAR, año 2, serie 5a., núm. 116, pág. 1050.

<sup>40</sup> Cordovez Moure, *op.cit.*, pág. 21.

<sup>41</sup> Rose Carnegie Williams, *A year in The Andes or A Lady's life in Bogotá*, Londres, London Literary Society, 1881, pág. 147.

<sup>42</sup> Mollien, *op.cit.*, pág. 321.



Antiguo modo de conducir los cadáveres

Antiguo modo de conducir los cadáveres (litografía de Ramón Torres Méndez, Bogotá, circa 1850-1870).

científicas; [...] son piadosas y tienen marcada predilección por todo lo que se relacione con asuntos religiosos; [...] son apasionadas por el cultivo de las flores; ajenas al juego; les encanta ejercitar la lengua, al mismo tiempo que ocupan las manos en la confección de bordados y en tejer preciosos encajes para su uso personal; tienen facilidad para la música y gran disposición para la pintura”<sup>43</sup>.

Un viajero norteamericano anotaba en 1856 que la jovencita de la casa que visitaba “escasamente era capaz de conversar. La joven es, de hecho, una prisionera. Su sólo uso y gusto parece ser sentarse en la ventana e intercambiar saludos con los que pasan por la calle. Si le pido que salga a caminar conmigo se sentiría insultada. Nunca puede salir sin sus padres o hermanos. Prácticamente sale a la calle sólo para ir a la iglesia. Su colegio es una prisión, y poco pierde si se va de monja a una prisión de donde no saldrá más”<sup>44</sup>.

Era también en el hogar donde se efectuaban las tertulias o reuniones de familiares y amigos. Generalmente se realizaban una vez por semana y se ofrecía alguna bebida acompañada de exquisitos bocados. Todo en ellas era, como dice Cordovez Moure, “delicado gusto, distinguidas maneras, elegancia, cultura y buen humor”. Las mujeres actuaban como anfitrionas y algunas veces participaban en las discusiones sobre política o literatura que en ellas se promovían. Entre las tertulias literarias conocidas estuvo la Tertulia del Buen Gusto, cuya anfitriona era doña Manuela Sanz Santamaría de González<sup>45</sup>.

#### NO TODO ERA “HOGAR, DULCE HOGAR”

Las salidas a la calle se efectuaban siempre en grupo; nunca salía una mujer sola. Al mercado las señoras iban acompañadas de algún sirviente que les cargaba los canastos. También asistían a la iglesia, a misa o a celebraciones públicas, religiosas o civiles: las procesiones del Corpus, las de Semana

<sup>43</sup> Cordovez Moure, *op.cit.*, pág. 105.

<sup>44</sup> Isaac Holton, *New Granada Twenty Months in The Andes*, Nueva York, Harper & Brothers Publishers, 1857, pág. 171.

<sup>45</sup> Amanda Gómez Gómez, *Mujeres heroínas en Colombia y hechos guerreros*, Medellín, s.e., 1978, pág. 202.



El bambuco - Bogotá

El bambuco (litografía de Ramón Torres Méndez, Bogotá, circa 1850-1870).

Santa y las del Sagrado Corazón. Al respecto dice Mollien: “Todas las mujeres son muy devotas, sin ser fanáticas, les gustan las prácticas del culto porque están ávidas de distracciones”<sup>46</sup>.

También concurrían a representaciones de teatro y a conciertos. En esta época hacían furor las compañías líricas con su repertorio francés. Las presentaciones en el teatro Colón, por el alto precio de las localidades, eran sólo para los más privilegiados; pero en el coliseo Santa Fe había tres órdenes de palcos: la parte baja para clase media, la parte central para la aristocracia y el “gallinero”, o parte alta, para la clase popular. Es interesante anotar que la profesión de actriz se consideraba indecorosa; de ahí que “para suplir la repugnancia que tenían las mujeres a presentarse en escena se buscaban hombres del género promiscuo para desempeñar, vestidos de mujer, los papeles de las actrices”<sup>47</sup>.

Los conciertos de la sociedad filarmónica se realizaban cada mes, y asistía a ellos el señor arzobispo. Disfrutaban de gran respetabilidad y, cuando las audiciones perseguían fines de beneficencia o caridad, era símbolo de prestigio social hacerse presente. Cuenta Cordovez Moure que en una ocasión se presentó una señora casada que de soltera “había dado lugar a ciertas habladurías más o menos merecidas y en el momento le advirtió el presidente que el concierto no empezaría hasta que ella saliese del salón, como en efecto lo hizo”<sup>48</sup>.

#### BAILES Y PASEOS

Otra ocasión de salir para las mujeres eran los bailes, y también aquí se ve la estrechez de los preceptos morales de la sociedad santafereña. Se discutía si era bueno o no bailar. Se aceptaba que se hiciera sólo en casas de familia y “moderadamente, consultando las conveniencias sociales, sin olvidar el respeto a una señorita que en esos momentos se nos confía a nuestra hidalguía”<sup>49</sup>.

<sup>46</sup> Mollien, *op.cit.*, pág. 323.

<sup>47</sup> Cordovez Moure, *op.cit.*, pág. 32. En el periódico *El Diario* (serie 1, núm. 24, 4 de oct., 1895, pág. 1), en la sección “Revista del teatro”, se informa acerca de la asistencia a la función de la víspera en el Colón: “Se vieron muchos hombres y la presencia de las mujeres, aunque ha ido en aumento poco a poco, fue escasa”.

<sup>48</sup> Cordovez Moure, *op.cit.*, pág. 38.

<sup>49</sup> *Ibíd.*, pág. 35.



A principios del siglo XIX, generalmente a los bailes asistía toda la familia, y las criadas y los abuelos cuidaban a las muchachas. En estas ocasiones el vestuario de las mujeres de edad se diferenciaba bastante del de las jóvenes: las señoritas llevaban trajes medianamente escotados y pocas joyas; las señoras, traje oscuro y pañolón, la cabeza cubierta con pañuelo de seda y podían usar más joyas<sup>50</sup>. Se bailaban contradanzas españolas, vales colombianos, y a mediados del siglo se introdujeron polcas, mazurcas, torbellinos y vales importados. En 1896, *La Mujer* da cuenta de un nuevo baile, “la cimbre”, traído de París y Londres<sup>51</sup>.

En 1852, en lujosa fiesta en casa de José María Urdaneta, “principió a introducirse la costumbre de arreglar tocador con objetos de repuesto para las señoras que pudieran necesitarlo. No los usaron”<sup>52</sup>. Algunas de las fiestas se daban a todo lujo. Cordovez nos describe una de ellas, celebrada en 1860, para él insuperable, en la casa de don Manuel Tanco: sobre el fastuoso decorado de la sala y los comedores, los tocadores para las damas, los espléndidos *buffets* con toda clase de helados, sorbetes, té, chocolate, café, colaciones, el cambio de traje por fantásticos disfraces que representaban personajes de la historia y el baile hasta el amanecer. En esta fiesta “se introdujo el adorno con flores y plantas de los salones y corredores de la casa”<sup>53</sup>.

En la fotografía del patio de la casa de doña Bernardina Restrepo de Santa María, arreglado para el baile del 11 de junio de 1877, puede verse la permanencia de esta costumbre. Fue aquélla una fastuosa fiesta que Rafael Pombo resume así en carta a los hermanos Cuervo: “Algo de la fiesta del 11. Las 10 y 40 servidoras de todos diámetros en la sala de retiro de las damas, desde para Bernardina Santamaría hasta Paca Martín. 40 cms. con mostrador de cena; 190 damas bailantes, ricos espejos, pieza de virreyes Solís y Ezpeleta”<sup>54</sup>.

Esta fiesta mereció extensa crónica de Eduardo Villa publicada en *El Telégrafo*, de Medellín, el 17 de junio de 1887: la calle estaba alumbrada, la casa arreglada lujosamente, el patio toldado por tela blanca, ocho dignísimas señoras hacían los honores de la recepción, orquesta de 27 ejecutantes, obertura sin bailantes, vales y al “terminar cada pieza había revisión de programas y se anotaban las piezas comprometidas”, un comedor abierto desde las once de la noche hasta las seis de la mañana, cuarto de fumar y de tresillo, espejos de Venecia, candelabros de la vieja España, cortinajes de Carlos V. “Para las señoritas [...] el vaporoso tul sobre el brillante raso es traje muy usado [...], con él se ven algunas como ángeles medio ocultos en las más limpias nubes de un cielo de verano”<sup>55</sup>.

Los domingos se acostumbraba ir de paseo a las afueras de la ciudad. Uno de los sitios favoritos era la cercana aldea de Chapinero, lugar de veraneo de las familias distinguidas.

#### **OTRAS CLASES, OTROS OFICIOS**

Lo que hasta aquí he descrito corresponde a una pequeña parte de la población de Bogotá. La mayoría de las mujeres llevaban una existencia muy diferente. La clase letrada, llegado el momento de describir, casi siempre se describió a sí misma, pero en el momento de ilustrar o retratar, los elementos de las clases populares le llamaron la atención por lo diferentes y pintorescos. Así que la representación gráfica es abundante y suple las meras descripciones.

Veamos algunos de los oficios que desempeñaban las mujeres de los sectores populares. La referencia más común es a las criadas, empleadas para el servicio doméstico. Casi siempre eran indias o mestizas y unas pocas negras.

<sup>50</sup> *Ibid.*, pág. 24.

<sup>51</sup> *La Mujer*, de RIJ y FAR, 1896, núm. 116, pág. 1050.

<sup>52</sup> Cordovez, Moure, *op.cit.*, pág. 34.

<sup>53</sup> *Ibid.*, pág. 7.

<sup>54</sup> *Epistolario de Ángel y Rufino José Cuervo con Rafael Pombo*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1974, pág. 58.

<sup>55</sup> *Ibid.*, págs. CXIX-CXXII.



Bogotanos en Choachí (en *New Granada: Twenty Months in the Andes*, de Isaac F. Holton, Nueva York, 1857).

Mestiza (en *Vagabonding down the Andes*, de Harry Franck, Nueva York, 1917).



Su traje consistía en camisas anchas y recogidas, falda larga, y para salir usaban pañolón negro o azul oscuro. Generalmente iban descalzas o con alpargatas. Es decir, su atuendo estaba más influenciado por la cultura indígena que por la usanza europea, como sucedía en las clases altas.

Las señoras —nos dice Cordovez Moure— las veían como seres inferiores y al mismo tiempo desprotegidos y algunas veces les enseñaban la doctrina cristiana: “Ni eran menos originales los desengaños que llevaban cuando emprendían la ruda tarea de meter en los estrechos cerebros de las embrutecidas sirvientas las primeras nociones de la doctrina”<sup>56</sup>. Lo interesante de esta cita no es sólo el detalle del adoctrinamiento de las criadas sino la imagen que las señoras tenían de este grupo de mujeres.

Muchas mujeres son tenderas y atienden personalmente sus establecimientos. Venden licores, dulces y comidas de fabricación casera. Hacen chicha, horchata, guarrús, etc.<sup>57</sup>.

Algunas veces las mujeres pobres, llamadas *guarichas*, eran usadas como nodrizas, y esto por precios relativamente bajos. Si el oficio volvía difícil criar al propio hijo y no había ningún pariente que lo acogiera, entonces lo depositaban en el torno de los expósitos. Allí era cuidado por monjas y la madre no era identificada<sup>58</sup>. “Un viejo convento quitado a los jesuitas fue convertido en casa de pobres u hospicio a mediados del siglo y servía como hospital de expósitos. Para ello se construyó un torno donde se podía depositar el bebé, sonar la campanilla y desaparecer sin nunca ser visto”<sup>59</sup>.

Torno de los expósitos  
en *New Granada: Twenty  
Months in the Andes*, de Isaac  
F. Holton, Nueva York, 1857).



<sup>56</sup> Cordovez Moure, *op.cit.*,  
pág. 123.

<sup>57</sup> Chamberlyane Pickett,  
*op.cit.*, pág. 104.

<sup>58</sup> Holton, *op.cit.*, pág. 174.

<sup>59</sup> *Ibid.*, pág. 162.



Calle Real de Bogotá (grabado de Therond, en *Voyage à la Nouvelle Grenade*, de Charles Saffray, París, 1872).

En Bogotá se efectuaba un mercado diario en la plaza de San Francisco, pero era reducido y sólo servía para suplir deficiencias de última hora. El gran mercado se realizaba en la plaza de Bolívar cada viernes. Toda la plaza se llenaba de venteros con sus mercancías, y por las calles una multitud, en su mayoría mujeres, bajaba cargada con los productos de sus parcelas.

Las mujeres vendían de todo: frutas, vegetales, ropa, comida preparada, carne, carbón, telas, etc. “Las mujeres más educadas y las de todas las clases de la sociedad van allí por la mañana a hacer sus compras: las primeras, van acompañadas por una criada o por un indio, quien lleva en las espaldas un gran cesto donde echa las provisiones para toda la semana”<sup>60</sup>.

#### ¿QUE NO SE TRABAJABA?

Era muy común ver, en las calles de la ciudad, mujeres con atados de leña a sus espaldas; la traían de las montañas al este de la ciudad, y era el combustible más usado para cocinar. También se empleaba carbón, aunque menos, e igualmente cargado por mujeres<sup>61</sup>.

Pedro Ibáñez, en sus *Crónicas de Bogotá*, nos dice: “Vi algo que nunca olvidaré. Era una niña joven como de 15 años. Llevaba en la espalda un gran atado de leña e iba descendiendo por el empinado camino con su paso ágil y ligero. En su brazo derecho llevaba una vara y en el izquierdo su bebé”<sup>62</sup>.

También las mujeres cargaban, por las calles de la ciudad, grandes recipientes de barro o múcuras donde echaban agua de las fuentes públicas “para surtir las casas”. Las aguadoras eran mujeres que se dedicaban del todo a

<sup>60</sup> Pedro M. Ibáñez, *Las crónicas de Bogotá y de sus inmediaciones*, Bogotá, Imp. La Luz, 1891, pág. 408.

<sup>61</sup> Holton, *op.cit.*, pág. 221.

<sup>62</sup> Pedro María Ibáñez, *op.cit.*



Vendedora de carne (litografía de Ramón Torres Méndez, Bogotá, circa 1850-1870).

este oficio y muchas veces se convertían en verdaderos personajes en la vida de la ciudad.

Iban temprano a cargar agua y la ofrecían de puerta en puerta haciendo al mismo tiempo de emisarias noticiosas: llevaban su versión de acontecimientos callejeros, diurnos y nocturnos, y toda clase de chismes. En la caricatura de personajes bogotanos de la época que hace Francisco Carrasquilla en 1886, describe las aguadoras como mujeres que vivían en la calle, pernocaban en cualquier zaguán y su mala reputación indica tal vez lo bajo de la posición en la escala social de las mujeres dedicadas a ese oficio<sup>63</sup>.

Otras trabajaban como lavanderas. Usaban los dos ríos que bajaban de las montañas: el San Francisco y el San Agustín. Se reunían a lavar en grupo en el Paso del Bocarrón, arriba de la ciudad, donde empezaban los cerros, y vivían en casas de inquilinato carentes de facilidad sanitaria.

#### **Y... LAS QUE SE LEVANTABAN LA FALDA**

Existían en la ciudad sitios de reunión de la gente del “peor pelaje” conocido: eran las chicherías, donde se juntaban soldados, mendigos, aguadoras, cargueros, “vagantes damas nocturnas”, vergonzantes. Las mujeres que asistían a estas chicherías automáticamente perdían su reputación.

Salvador Camacho Roldán comenta en *Mis memorias*: “La prostitución descarada y el contagio de las enfermedades venéreas era otro triste lunar de la población bogotana. Debía ser muy grave esta epidemia cuando un gobernador, notable por su actividad y energía, mandó recogerlas y expulsarlas a los llanos de oriente, despoblados entonces y erigidos luego en territorio de San Martín”<sup>64</sup>.

<sup>63</sup> Francisco de P. Carrasquilla, *Tipos de Bogotá*, Bogotá, Imp. Fernando Pontón, 1886, pág. 29.

<sup>64</sup> Camacho Roldán, *Mis memorias*, t. I, pág. 139.

La vergonzante (dibujo de Antonio Urdaneta, grabado por Antonio Rodríguez, en el Papel Periódico Ilustrado, Bogotá, 1881).





Tipos populares de Bogotá (acuarela de Ramón Torres Méndez, Bogotá, circa 1850-1870).

Peligros de los paseos de las niñeras (acuarela de Ramón Torres Méndez, Bogotá, circa 1850-1870).



Mujeres del pueblo (acuarela de Ramón Torres Méndez, Bogotá, circa 1850-1870). ▷



*Boqbla. Mujeres del pueblo, 1872.*





Campesina vendedora de carbón en Bogotá (en *Colombia: acuarelas de Mark 1843-1856*, Bogotá, 1976).



Hermana de la caridad María Antonia Matea Frajela, beata de la orden de San Francisco de Asís, 1847 (en *Colombia: acuarelas de Mark Bogotá*, 1976).

Hay referencias a la existencia de mendigas que exhibían sus llagas en las calles o pedían limosna de casa en casa, con recorridos fijos para cada día de la semana, según las casas donde habitualmente se las atendía<sup>65</sup>.

Por último, vale la pena mencionar otro personaje típico de la ciudad y que puede provenir de las más diversas capas sociales: la beata o mujer santurrón. Suele ser soltera voluntaria “consagrada a la labor incesante de leer vidas de santos y averiguar vidas de pecadores; emplea todo su tiempo en meditar, rezar y chismosiar. Hay viudas miembros de hermandades y cofradías. Se mantienen en los rincones de las iglesias, desde temprano en la mañana envueltas en sus ropas de color oscuro”<sup>66</sup>. A veces estas mujeres visten hábitos religiosos sin pertenecer a ninguna comunidad.

<sup>65</sup> Le Moyne, *op.cit.*, pág. 103, y Hamilton, *op.cit.*, pág. 63.

<sup>66</sup> Carrasquilla, *op.cit.*, pág. 47.